

## Presentación

### «Souriez... Préférez... Affirmez sans cesse...»

Juan Evaristo Valls Boix  
 Universitat de Barcelona  
 juanevaristovallsboix@gmail.com



Quiso Giorgio Agamben concluir *La potencia del pensiero*, publicado originalmente en 2005, con el texto «L'immanenza assoluta», aparecido en 1996 en la revista *Aut Aut*. Allí tenía el propósito de ofrecer una breve reconstrucción del trazado genealógico de un capítulo insigne de la filosofía contemporánea, el posestructuralismo francés, con el afán de hacer patente la herencia que aquellos autores legaban a la filosofía venidera en la forma de una pregunta. Tanto el último texto de Michel Foucault como el de Gilles Deleuze, valoraba Agamben, versan sobre el concepto de vida, un concepto filosófico-político que ha de consolidar el desplazamiento de la filosofía de la conciencia —y, quizá también, de una cierta filosofía del lenguaje— para pensar así a partir de la absoluta inmanencia del ser. Como Frédéric Worms recordaba en sus cursos de la École Normale Supérieure de París, junto con autores como Axel Honneth o Judith Butler, Giorgio Agamben conformaría esa generación venidera de autores que asumieron el legado de la French Theory más allá de Francia para explorar ese sendero del pensar y situar la vida en el centro de la indagación filosófica. No obstante, en la profecía autocumplida de Agamben habría faltado, señalaba Worms, la mención de Jacques Derrida, quien dejó como palabra de despedida, además de una última entrevista con Jean Birnbaum publicada como *Apprendre à vivre enfin* (Derrida, 2005b), una brevísima nota para leer en su funeral, una última exhortación jovial y feliz, en que la vida asume el papel de última palabra: «Souriez-moi, dit-il, comme je vous aurai souri jusqu'à la fin. Préférez toujours la vie et affirmez sans cesse la survie... Je vous aime et vous souris d'où que je sois» (Derrida, 2005a).

La exhortación con la que Derrida se despedía se contiene en el concepto de *survie*, un término que es una invitación, una sonrisa y un deseo, una escritura antes que una palabra y que un concepto. Derrida reconocía en aquella entrevista que era un «concepto original» (2005a: 54) que le había preocupado desde el principio, desde el principio hasta el final, al menos desde el «Pas» de *Parages* (1986) y los textos sobre Blanchot de los ochenta, hasta su despedida, que inaugura este texto y tantos otros, que complica con una exhortación la idea misma de final y la de relato —esto es, la idea de límite y la idea de muerte—.

En este largo viaje, en que la sobrevida se afirma a través de la muerte, de la escritura, del trazo y del testamento, del sí y de la deconstrucción, del porvenir y de lo imposible, destaca el seminario *La vie la mort*, que Derrida pronunció en el año académico 1975-1976 en la EHESS, publicado parcialmente en *La carte postale*, y donde Derrida trataba de ensayar una cierta lógica que complicara la oposición entre vida y muerte, tanto para salir de una economía de la muerte, y pensar una vida ya habitada por la muerte, en cohabitación con la alteridad, al otro lado de las heridas, como para hacer de la vida una exigencia, una afirmación, un sí alegre a una intensidad de la vida, a una vida excesiva o altísima que no cupiera en las biografías, ni en las existencias protocolarias, ni en ninguna de las presencias o presentaciones que llamamos «vida», con las que queremos llamar a la vida, pero así también la conjuramos. Sonreíd y preferid, afirmad sin cesar, invita y exige Derrida; buscad otra cosa, un otro u otra vida, algo más alto o más intenso, un delirio y un porvenir sin cálculo, algo más allá que esta vida, algo más allá que esta vida de mierda pero dentro de esta vida, intensivo de la vida, un tiempo sin presente ni conclusión; afirmad esa falta, esa impureza que es oportunidad, ese agujero o grieta que vivís sin llegar a vivirlo, aquello o aquel que viene, lo único que podéis amar. Sonreíd, preferid, afirmad sin cesar lo único que podéis amar, y que no está aquí, pero tampoco en un futuro ni en un pasado —no seáis ilusos ni nostálgicos—, afirmad el margen de las heridas, rodeaos de espectros, conjurad fantasmas. Así clamaría la voz espectral de Derrida, para conminarnos a aprender aquello que jamás se aprende y que, sin duda, es lo único que merece la pena aprender. Aprender a vivir.

La sobrevida de Derrida no es una «inmanencia absoluta», siguiendo al título de Agamben, pero tampoco apunta a un pensamiento de la trascendencia, como querría el esquema que concluye aquellas páginas (Agamben, 2005: 417). La sobrevida guarda la estructura de la *tracce* y del espectro, y es otro de esos pseudoconceptos o preocupaciones que pueden convertirse, por un momento y si la ética del comentarista lo permite, en un centro de gravedad de toda su obra. Como si a través del fármaco, el suplemento peligroso, el *pas* y el quizás, la hospitalidad, la diseminación, la traducción *relevante*, el perdón y el perjurio, el per(ver)formativo, la carta, la firma y el acontecimiento, la universidad incondicional, el derecho a la literatura; como si a través de la alteridad, la democracia, la confesión y el animal y el don del tiempo, a través de tantos temas y desarrollos, latiera esa preocupación, esa persistente preocupación: la sobrevida, la preocupación añadida a todas las preocupaciones, intelectuales o no, existenciales o no. *La survie, un supplément d'origine*.

En este sentido, la sobrevida no es un problema que Derrida deja en herencia a las generaciones venideras para levantar acta de otro capítulo de nuestra bella historia de la filosofía, tan traidora y tan falsa; antes bien, la sobrevida es el problema mismo de la herencia, del ser como herencia: un problema que no es generacional ni epocal, sino que constituye la condición de posibilidad de una época o una generación, esto es, de un testigo, de un relevo, de la historia. «Être, ce mot dans lequel nous voyions plus haut le mot de l'esprit, cela

veut dire, pour la même raison, hériter. Toutes les questions au sujet de l'être ou de ce qu'il y a à être (ou à ne pas être : or not to be) sont des questions d'héritage», se lee en *Spectres de Marx* (Derrida, 1993: 93). Si la filosofía, con Montaigne, consistía en aprender a morir —singular pensamiento del límite, de la alteridad—, con Derrida es, *a la vez y al mismo tiempo*, aprender a vivir. La figura de Derrida es aquella que falta en la genealogía agambeniana, pero también aquella que pone en cuestión su validez. ¿Cómo no pensar la vida, toda vez que quiere evocarse la muerte?

Quizá sea eso lo que late en la carta de despedida de Derrida, que además de una despedida y una carta de amor, es una exhortación, a saber, un performativo: sonreíd, preferid, afirmad sin cesar. Ahora que yo ceso, en el momento del cese, no podemos sino afirmar sin cesar. Al final de la vida, un sí incesante, una llamada a quienes no están, sea porque ya se fueron o porque yo me fui, pero un clamor y un sí al otro lado del abismo, a la otra cara del tiempo. La fuerza ilocucionaria de este enunciado de despedida viene a interrumpir una cierta concepción del cese y de la muerte, y con ello desorganiza una cierta concepción de la vida, al hacer de la despedida una invitación y al poner en comunicación ambos lados del espejo: «[...] Je vous aime et vous souris d'où que je sois». La muerte, tras la afirmación incesante, no es sino un lugar de enunciación, quizá el lugar, siniestro espacio, desde el que nos llega toda la escritura, como cartas de los muertos. Si Kierkegaard escribió discursos a los *Symparankromenoi*, a una comunidad de difuntos, Derrida pronuncia desde aquella comunidad de solitarios un último discurso. *Et si le spectre répondait?* Solo los muertos tienen algo que decir, y no es una última palabra, sino la afirmación incesante de la vida. Quizá sea ese el secreto de la fuerza vulnerable de la performatividad.

Con motivo de la publicación del seminario en la EHESS de 1975-1976 al cuidado de Peggy Kamuf y Pascale-Anne Brault, se celebraron en la Universidad de Barcelona unas jornadas de investigación con el título «Políticas de la sobrevida: En torno a Jacques Derrida», prestado de la tesis de maestría de Javier Pavez, uno de los participantes (2013). El cartel que apuntaba los horarios de las ponencias a principios de julio de 2019 reunía a compañeros e investigadores de diversos centros de Europa y América. Muchos de ellos, y otros que no pudieron asistir, han continuado ese esfuerzo conjunto por leer y escribir sobre Derrida en las páginas que suceden a este mínimo prefacio, y daré cuenta de sus propuestas antes de concluirlo. El volumen comienza con tres textos que abordan el potencial político del desarrollo de un concepto alternativo de vida. Mendoza-de-Jesús estudia el modo en que Derrida despliega, especialmente en textos como *Voyous*, una teorización de la democracia en términos de soberanía y autoinmunidad, lo que le supone diseñar un concepto de vida y muerte más allá de su acepción científica o naturalista: pensar la vida *de* la democracia más allá del carácter metafórico de la expresión exige una articulación de la vida-la muerte excesiva a una economía de lo propio y de un esquema de ipseidad. En su texto, Lamy-Rested concibe, desde la lectura de textos como *Force de loi*, una política virtual, en que la virtualidad

se comprende como una dimensión en constante reinvencción, un espacio que ha de proveerse de los medios para su perpetua renovación; esta es la radical apertura que, ni meramente potencial ni simplemente ficticia, ha de ser cultivada, sostenida desde una base crediticia, para mantener vivo el compromiso del espacio político con lo Real. En tercer lugar, Senatore dedica su artículo a explorar la evolución del concepto de libertad en el pensamiento de Derrida, y describe el tránsito desde una posición crítica hacia la libertad en sentido subjetivo, ligada a una concepción humanista de la vida, hacia un pensamiento tardío de la libertad, en que Derrida recurre a Nietzsche para pensar una libertad presubjetiva que se despliega como una incondicionalidad sin soberanía, como un espacio indecible de alteridad: el fuero mismo de la amistad.

Tras estos tres textos, Llevadot y Ruiz Bustamante desarrollan sendas lecturas del seminario *La vie la mort* con especial atención a la diferencia sexual. Llevadot aborda un ejercicio crítico de diversas interpretaciones del eterno retorno nietzscheano, leyendo a Klossowski, a Derrida y a Cixous, para analizar los modos en que los intercambios filosóficos entre estos últimos permiten concebir una afirmación de la vida en aquello que tiene de incalculable e imprevisible: vivir la vida por la vida misma, hacerlo para toda la vida, siempre en nombre de la vida. En su trabajo, Ruiz Bustamante sostiene que es solo desde un cierto pensamiento de la diferencia sexual como se establece una equivalencia entre el ser y el viviente. La diferencia sexual es lo que está en juego en la cuestión de la vida y en la operación ontológica y falocéntrica que la hace equivalente al ser y que la sostiene en un esquema paterno-filial del que la maternidad quedaría excluida: un pensamiento de la sobrevida implica otro pensamiento de la diferencia sexual y de la herencia, en que la maternidad, lejos de ser exceptuada, es aquello mismo que sobrevive más allá de la simple oposición vida-muerte y de un linaje sin resto del hijo como reproducción del padre.

Concluyen la sección de artículos otros tres textos que analizan minuciosamente algunos rasgos de los conceptos de vida, muerte y sobrevida en el pensamiento de Derrida. Es el caso de la contribución de Pavez, que muestra cómo el concepto de sobrevida da cuenta de una constitutiva contaminación empírico-trascendental que cuestiona tanto el concepto biopolítico de «vida desnuda» como los planteamientos existencialistas de una muerte pura, para señalar un retardo en la presencia de la vida, una no presencia inscrita en la presencia del presente. La sobrevida, así, escenifica una divisibilidad constitutiva, una lógica espectral que desarticula una pulsión soberana estructurada como ipseidad y presente viviente e inaugura un pensamiento de hospitalidad a través de esta diferencia de base: es en ella —no en el presente, sino en la promesa— donde descansa la politicidad de la sobrevida. A su vez, el texto de Rodríguez se pregunta por el significado de preferir la vida sobre la muerte a partir del minucioso comentario de textos de Philipp Mainländer y Jules Vuillemin, en cuyo trabajo se desprende una reflexión sobre lo propio del hombre a partir de la «pulsión fúnebre» del suicidio; aquí, el pensamiento de la sobrevida pone en juego la diferencia entre el hombre y el animal, y se tematiza indirectamente en las notas inéditas que Derrida preparara para pronunciar

una charla sobre el suicidio a finales de los años 50, en que ambos jóvenes filósofos son invocados. Concluye la monografía con un texto de Campos Salvaterra, quien prolonga la cuestión de la sobrevida a través de la noción de lo parasitario y el comentario, entre otros, de dos seminarios inéditos de Derrida: *Manger l'autre: Politiques de l'amitié* (1989-1990) y *Hostipitalité* (1995-1996). Campos Salvaterra tratará de vincular el pensamiento de una hospitalidad incondicional con una lógica del parásito, para sostener que el «comer-con» constituye la estructura de la hospitalidad, toda vez que se trata de comer siendo comido y se piensa la acogida del otro desde un recibimiento en el seno de lo propio que lo altera y lo vulnera, y que puede leerse como una incorporación alimentaria. En fin, Escudero y Cucurella concluyen el volumen con dos reseñas críticas de textos recientes sobre el pensamiento de Derrida: *Jacques Derrida: Democracia y soberanía*, una monografía firmada por Laura Llevadot, y *Escenas de escritura*, libro editado por Cristóbal Olivares.

Me despido con las palabras de mis amigos, hablo a través de ellos, mi despedida es su invitación. Sonreíd, preferid, afirmad sin cesar.

### Referencias bibliográficas

- AGAMBEN, Giorgio (1996). «L'immanenza assoluta». *Aut Aut*, 276 (noviembre-diciembre).
- (2005). *La potencia del pensamiento*. Traducción de Flavia Costa y Edgardo Castro. Barcelona: Anagrama.
- DERRIDA, Jacques (1993). *Spectres de Marx*. París: Galilée.
- (1986). *Parages*. París: Galilée.
- (2005a). «Jacques Derrida». *Rue Descartes*, 48 (2), 6-7.
- (2005b). *Apprendre à vivre enfin: Entretien avec Jean Birnbaum*. París: Galilée.
- (2019). *La vie la mort: Séminaire (1975-1976)*. París: Seuil.
- PAVEZ, Javier (2013). *Jacques Derrida: La política de la sobrevida*. Universidad de Chile. Tesis para optar al grado de magíster. Recuperado de <<http://repositorio.uchile.cl/handle/2250/117006>>.